



PASEA POR MADRID

Número 4 Octubre 2014

La Santa Cruz del Valle
de los Caídos

Un paseo por el Olimpo
de la Gran Vía

La prostitución en el
Madrid de la Restauración

Tipos populares de
Madrid

La salud y la higiene en
la segunda mitad del
siglo XIX

En las calles de Madrid,
mediados del siglo XX

Escapada a la isla
de Nueva Tabarca

Posible nuevo yacimiento
arqueológico en la sierra
de Madrid



SOLICITA LA REVISTA EN info@autoediciones.com Y LA RECIBIRÁS PUNTUALMENTE EN TU CORREO

Pulsa sobre el título para
regresar al índice

Ciego Jacarero. Dibujado por Manuel de la Cruz y grabado por don Juan de la Cruz en 1777. Colección de trajes de España.

TIPOS POPULARES MADRILEÑOS¹

Nuestra gratitud y reconocimiento a don Manuel Abella Poblet y don Ángel Manuel García, que tanto han aportado a la historia de Madrid, por la cesión de los derechos de publicación de las doce laminas de Grabados y Dibujos de Tipos de Madrid publicada en 2002, de autores tan reconocidos como Juan y Manuel de la Cruz (siglo XVIII); Pigal-White (siglo XIX) y Mingote (siglo XXI)

L. Regino Mateo del Peral.
Profesor de la UNED. Del Instituto
de Estudios Madrileños.

La historia de los tipos populares de Madrid es un tema apasionante que ha suscitado el interés de escritores, cronistas y artistas que pusieron su empeño por escudriñar esa singularidad de un determinado sector de la población de la Villa a través de sucesivas épocas y, sobre todo, a partir del momento en que se estableció la Corte en la capital por Felipe II, que decretó el traslado de aquella el 8 de mayo de 1561.

Escudriñar e indagar ese mundo tan heterogéneo de los tipos populares de Madrid siempre suscita el máximo interés. Durante los siglos del XVI, al XX, esos tipos adquirieron una diferenciación en una población, que en el transcurso del tiempo ha ido cambiando sus hábitos, costumbres, modo de actuar y otros aspectos, que hace que tengan una singularidad y popularidad, resalta-

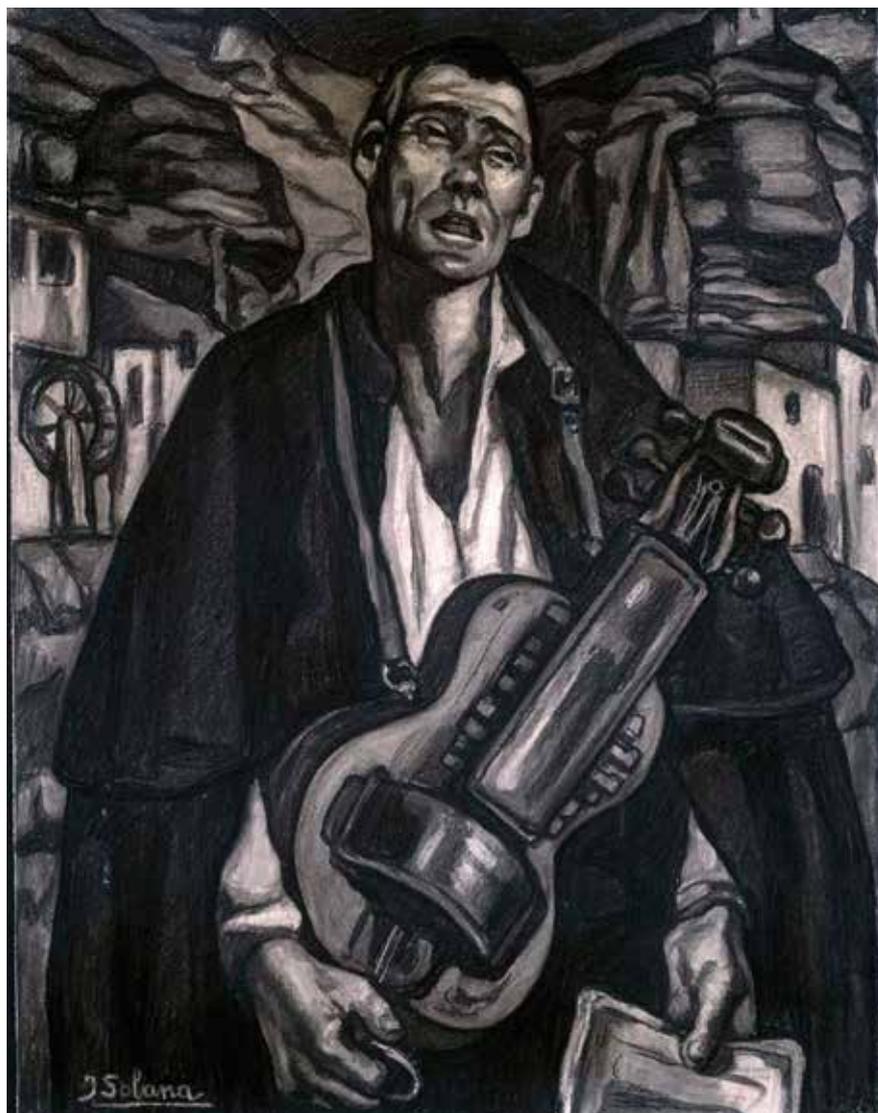
das por brillantes escritores, cronistas y pintores, que nos han dejado un legado de gran valor.

Tipos que, en ocasiones, vivían en la frontera de una sociedad integrada y un mundo marginal. Esa riqueza de los tipos populares madrileños es la que me ha impulsado a estar preparando una investigación más amplia que tendrá su reflejo en un libro de próxima aparición.

“Existen otros interesantes tipos populares: individuales y colectivos, como el de los «castizos», que ya describiremos en otro artículo posterior.”

¹ Ya hace tiempo publiqué en la revista *Madrid Histórico*, un artículo sobre: «Madrileños... Manolos, Majos, Chisperos, Petimetres y Currutacos» (n.º 9 mayo-junio 2007) y otro sobre «La aristocracia en el Madrid del siglo XVIII» (n.º 11 noviembre-diciembre, 2007).

“ Escritores y cronistas como Néstor Luján, José Montero Alonso, Federico Bravo Morata, Manuel Seco, José Cepeda Adán, Pedro Montoliú, Ignacio Amestoy, Ángel del Río y otros, ya más antiguos, como Mesonero Romanos, Felipe Monlau, Pedro de Répide, Federico Carlos Sainz de Robles o José Gutiérrez Solana que han puesto de manifiesto su conocimiento sobre esas gentes en sus excelentes y amenas obras. Asimismo, existen bellos testimonios pictóricos y grabados, cuya autoría, corresponden a artistas de la calidad de Velázquez, Goya, Solana y otros que supieron captar esa cruda realidad. ”



El Ciego de los Romances. José Gutiérrez Solana. Museo reina Sofía.

LOS PÍCAROS

Los «pícaros» tuvieron su mayor relevancia en el siglo XVII, en el que alcanzaron una destacada notoriedad, hasta el punto, que fueron objeto de atención por parte de la literatura de la época y, en especial, por el género de la novela picaresca. Ya en 1554 se publicaron cuatro ediciones diferentes, en Burgos, Medina del Campo, Alcalá de Henares y Amberes, de la primera novela picaresca: *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, sin que se conozca la autoría de la misma. Alexander Parker² en: *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y en Europa 1559-1753*, observa que la

libertad a la que aspira la nobleza es un reflejo de la que gozaban los pícaros. El honor, la honra, la limpieza de sangre, tantas veces pregonados y glosados, al pícaro no le importan, ni le preocupan. La novela picaresca reivindica, por ello, la injusta marginación que sufren los pícaros y los conversos. Es una reacción contra las convicciones hasta entonces admitidas como el idealismo y los libros de caballería. Los protagonistas de la novela picaresca son personas de una modesta condición social que tienen que enfrentarse a la cruda realidad de los problemas y contratiempos que existen en la vida.

Néstor Luján³ en: *La Vida cotidiana en el Siglo de Oro Español*, realiza un análisis pormenorizado sobre el pícaro y matiza esa diferenciación que existe entre ese personaje de la vida real y el que aparece en la literatura picaresca, que es tratado con más benevolencia. El pícaro es una persona ingeniosa, presto a la broma, ambicioso. Trata siempre de agudizar su mente para sacar provecho de todas las situaciones y mejorar a costa de los demás su posición económica. No renuncia a su condición social y es orgulloso con cierto atrevimiento. En el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán se manifiesta que: «lleva metido en su cuerpo un espíritu de rey».

Los pícaros en Madrid frecuentaban espacios como las Puertas del Sol y Guadalajara, las plazas de Santa Cruz y Herradores, las Vistillas y las tabernas, figones y bodegones de los barrios bajos próximos a Lavapiés.

Existía un amplio abanico de pícaros que llevaban una vida dificultosa al margen de la sociedad y que se dedicaban a ciertos menesteres poco recomendables desde el punto de vista moral y social. En esa vida cotidiana el pícaro es considerado como una lacra en la sociedad en la que vive, siempre tendente a realizar fechorías, más proclives a las trampas, a distraer lo ajeno, a simular para obtener recursos de forma engañosa. También intentan aparentar lo que no son para vivir a costa del prójimo y adoptan ante la sociedad actitudes de bravucones y osados, aunque tenían bastante temor a la justicia. El pícaro genuino abarca un amplio espectro desde aquellos que ejercen la mendicidad simulando taras mediante el engaño o aquellos otros que sin reunir dicha condición se apropian sin escrúpulos de lo que no es suyo u otros que Luján identifica ya más como «valentones» que emplean procedimientos más reprobables y se comportan con violencia, hiriendo e incluso matando o maltratando a sus víctimas.



Asimismo, existían otras denominaciones de pícaros que robaban de forma descarada a sus víctimas, «cicateros», eran los que practicaban esa felonía del robo en las faltriqueras. También a los ladrones que limpiaban los cepillos limosneros de las iglesias se les denominaba «Juan» o «devoto del maese Juan». El que se apropiaba de determinados productos en establecimientos de venta al público o mercados eran conocidos con el apodo de «bajamanero». Otro apelativo conocido era el de «prendedor», que se refería a aquellos personajes que realizaban su faena apropiándose de la indumentaria del incauto que cayera en sus redes, sin piedad alguna. Igualmente, había otra variante de los pícaros, ya más peligrosa, cuando esos

Ciego Jacarero Dibujado por Antonio Mingote 2001.

2 Alexander Augustine Parker *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y en Europa (1559-1753)*. 217 págs. Madrid. Gredos. 1971.

3 Néstor Luján. *La vida cotidiana en el Siglo de Oro español*. Pp. 177-193. Capítulo IX: «La Lepra española: Pícaros y Valentones». Planeta. Barcelona, 1988.



La gallina ciega. Francisco de Goya, 1789. Museo del Prado.

“ Entre los manolos abundaban los hombres menestrales y empleados de comercio y burocracia. Los majos prefieren el cultivo de las artes amatorias y de la milicia. Los chisperos eran, como hoy se dice, los vividores de las aventuras inesperadas. ”

MANOLOS, MAJOS Y CHISPEROS

desalmados proceden al empleo de armas. Luján reseña cómo Quevedo alude a esos rufianes que se dedican a propinar palizas, señalar y marcar el rostro de sus víctimas y llegar a actos más radicales como el asesinato. Asimismo, describe ese mundo tenebroso de «valentones, desuellacaros y matasietes». Esos valientes a los que define Quevedo cómo: «la flor más cruel ... puesto que tienen el oficio de ser que comen de ello». También, el insigne dramaturgo realiza una clasificación de los valentones, desde aquellos que desempeñan la labor de aproximarse a los señores y con el pretexto de protegerles realizaban varios delitos, hasta otros que practicaban la traición y que alevosamente utilizaban la noche para perpetrar sus fechorías o aquellos que emplean la mentira descaradamente en beneficio propio.

En el siglo XVIII surgen una serie de colectivos populares que tuvieron una especial relevancia en el Madrid en la segunda mitad del siglo, grupos que adquirieron un protagonismo en la vida de la ciudad: «Manolos, Majos y Chisperos». Es la época dorada de los tipos populares. Federico Carlos Sainz de Robles⁴, en su acertada y destacada obra: *Madrid Teatro del Mundo*, nos glosa la figura de Don Ramón de la Cruz en su certero análisis sobre *el majismo*. Afirma que Don Ramón fue el primer notario que tuvo la capital que supo captar la tipología de esos personajes que poseían: «chispa, majeza y manolería».

Igualmente, confirma la opinión generalizada que fueron los majos y chisperos los que aportaron un especial arrojo y valor en la guerra de la Independencia. Los manolos, aunque también prestaron su ayuda, fueron más remisos en esa colaboración.

LOS MANOLOS

Los judíos echados de la medina formaron *la judería* en Avapiés y una vez que fueron expulsados en 1492, el sustantivo Manuel era el nombre con el que se bautizaba al primogénito de los conversos que habitaban en la citada zona del Avapiés y calles colindantes, según reseña Rufo Gamazo Rico⁵ en *Tipos y Costumbres*. El nombre de Manuel, de procedencia hebrea, en latín *Emmanuel* significa: «Dios está con nosotros». El manolo es un nombre de procedencia judía, originarios de la plaza de Lavapiés. Manolo, según Francisco Azorín⁶, era el nombre impuesto al primogénito de los judíos conversos. El término manolo se equipararía al de chulo (en francés *chaul*) a partir de la época de D. Ramón de la Cruz. Federico Sainz de Robles⁷ los denomina «aristocracia de las clases populares». Se extendieron por las calles de Tribulete, Sombrerete, Valencia, Ave María, el Olivar y Lavapiés. En estas calles de los manolos, la gastronomía típica se caracterizaba por la degustación de productos como *las gallinejas, los churros, el cocido, los callos y la limoná*. El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define el término manolo como: «Mozo o moza del pueblo bajo de Madrid que se distinguía por su traje y desenfado».

A partir del siglo XIX es cuando ya se les conoce con ese término de *chulos y chulas*. La procedencia de este sustantivo, como afirma Pedro de Répide⁸, puede que sea árabe y el significado de *chaul* es el de «muchacho». Es anecdótico que la primera vez que se emplea ese nombre de chulo fuera para designar aquellas personas que realizaban tareas o labores secundarias de ayuda en las faenas taurinas.

A Lavapiés se le otorgó el calificativo de *Real Calle* por Felipe III para conmemorar la visita que efectuó al Cristo de la Oliva. Cervantes, Lope de Vega y Tirso de Molina utiliza-



Vendedor de agua de cebada. Dibujado por Manuel de la Cruz y grabado por don Juan de la Cruz en 1777. Colección de trajes de España.

ron al referirse a la calle el término citado de Lavapiés, mientras don Ramón de la Cruz en sus sainetes emplea el vocablo Avapiés.

El término Lavapiés puede que tenga su raíz, como analiza Répide: «en alguna fuente o pila de abluciones», con motivo de que aquellos que accedían a la zona del *barrio de la judería* realizan la actividad de lavarse los pies a fin de purificarse antes de retornar a su lugar de origen. La actual calle de Lavapiés en el transcurso de su historia tuvo otros apelativos como la plaza de Ludones o el Campillo de Manuela.

Répide cita unos versos en los que ataca y satiriza a tres mujeres del barrio: Estas son tres/ estas son tres/ las que empuercan el barrio/ de Lavapiés. Igualmente, Répide analiza esa denominación de «Ava-

4 Federico Carlos Sainz de Robles: *Madrid Teatro del Mundo*. Pp. 199-203. Emiliano Escolar Editor. Madrid, 1981.

5 Rufo Gamazo Rico: *Tipos y Costumbres* Pp. 233-248. Madrid y su provincia. Pp. 233-248. Editorial Mediterráneo. Agedime, S.L. Caja de Madrid-YA. Madrid, 1991.

6 Francisco Azorín García y otros: *Diccionario de Madrid*, pp. 313-314, Rubiños-1860, S. A., Madrid, 1977.

7 Pedro de Répide: *Las Calles de Madrid*. Editorial Afrodisio Aguado, S.A. pp. 348-350, quinta edición, Madrid, mayo, 1985.

8 Pedro de Répide: *Las Calles de Madrid*, Editorial Afrodisio Aguado, S.A. pp. 348-350, quinta edición, Madrid, mayo, 1985.

piés o Lavapiés». ya que en el siglo XVIII se emplea el sustantivo Avapiés y alude a un simple error gramatical.

También, José Montero Alonso⁹, investiga el tema del origen de esa palabra, su evolución y la utilización de los dos nombres.

En consecuencia, el dilema que se plantea es si la denominación correcta es la de barrio de Avapiés o Lavapiés. Este último término parece el más apropiado y el que ha prevalecido.

Mesonero Romanos, en *El Antiguo Madrid*, describe, en el capítulo, titulado: «El Lavapiés»¹⁰, las características singulares de la manolería y de los manolos. Al manolo inicial y autóctono que se extendió también a otros barrios cercanos se

Maja. Dibujado por Antonio Mingote 2001



fueron incorporando otros grupos foráneos que llegaron a la zona, como especifica el cronista, «a buscar fortuna». De Sevilla, también, llegaron inmigrantes de Triana y la Macarena; de Valencia y Murcia los habitantes de las huertas, así como otros colectivos de otras comunidades. Esa simbiosis entre el manolo originario de Madrid con dichos grupos enriquecieron la gracia, elegancia y el donaire de la *manolera*, hasta el punto de que Lavapiés obtuvo el calificativo de *Real Calle*, al igual que la de Barquillo, por la prestancia de sus vecinos.

Con el transcurso del tiempo algunas de las costumbres de los manolos se modificaron. Sus oficios más característicos fueron los de zapateros, carniceros, taberneros, caleseros (profesión que compartían con los majos), tratantes, etc... Mesonero Romanos, igualmente, nos describe a la manola, su atuendo, y cita algunas famosas de esa estirpe como Paca *la Salada*, Geroma *la Castañera* y Manola *la Ribeteadora*.

El escritor costumbrista madrileño hace referencia a la forma de ser de los manolos, altaneros e independientes que repudian a los que no son los suyos, a todo lo foráneo, postura que les perjudicaría e influiría negativamente en su formación cultural por ese absurdo aislamiento en el contacto y relaciones con otros colectivos sociales. Su arrogancia y excesos a los que alude el cronista fueron actitudes que se volverían contra ellos mismos.

Théophile Gautier relata en 1840: *Un encuentro con la última manola*¹¹. Se refiere en su deambular por ciertas calles de Madrid, como se encuentra con una hermosa manola, de unos 24 años, y describe sus rasgos físicos, modales e indumentaria. Analiza a:

...esa moza bien plantada, con tez morena, su mantilla y peineta, así como sus adornos, sus medias de seda negras, sus zapatos de satén y su abanico rojo, su vestido y porte.

Muestra su admiración por haber podido contemplar a esa bella y maravillosa dama que repentinamente desaparece de su vista.

También, Gautier¹² alude en otra narración a la mantilla española «de puntilla negra y blanca» y que se sitúa en la zona de atrás de la cabeza, teniendo como soporte una peineta. También se refiere al abanico, prenda de gran belleza que las españolas mueven con una habilidad y destreza inigualables con sus manos. Esta maestría en su manejo causa verdadera admiración en Gautier que observa como el abanico se porta a todos los lugares. Las damas de alcurnia tienen colección de abanicos de gran riqueza (marfil, nácar, etc.).

Hugh Thomas menciona otro testimonio del escritor Inglis, Henry D.¹³ de su obra de dos vols.: *Spain en 1830*. En este sentido, Inglis alude al hecho de la mantilla española que portan todas las españolas y que sus características dependen de la categoría social de las damas. Describe en qué consiste la misma: «Una mantilla es un chal que cubre la cabeza y los hombros ...». Clasifica tres tipos de mantilla conforme a la posición social. Las damas pudientes utilizan la de encaje (de blonda o tul inglés). La clase media porta mantilla de blonda y de seda y la clase más modesta lleva la de seda.

Fue a partir del siglo XIX cuando en nuestro país se generalizó el uso de la mantilla que recibió un fuerte impulso con Isabel II muy proclive al empleo de encajes. Si en las procesiones se lucen las mantillas de encaje negro en los toros se suele utilizar el color blanco o negro. Existe un acontecimiento singular cuando en Madrid las damas de la aristocracia, en lugar del sombrero, como rechazo a las modas extranjerizantes, en el reinado de Amadeo de Saboya, caminaron por la vía pública con mantilla y peineta. Este suceso fue conocido como «la conspiración o revuelta de las mantillas».



Maja. Dibujado por Manuel de la Cruz y grabado por don Juan de la Cruz en 1777. Colección de trajes de España.

LOS MAJOS

Los primeros testimonios sobre el vocablo «majo», según José Montero Padilla¹⁴, aparecen por vez primera en el *Diccionario de Autoridades*, de 1734. Se refiere a los que habitan en los arrabales y que se caracterizan por su arrojo y valentía. El Padre Martín Sarmiento, según la versión de Corominas-Pascual, manifiesta que el término majo la escucha por vez primera en 1726. Anteriormente se conoció el verbo «majar» del que deriva el sustantivo «majo». También describen y definen los términos majeza y majo los *Diccionarios de la Real Academia Española de la Lengua*, de Corominas, y de María Moliner, En todos

9 José Montero Alonso y otros: *Diccionario de Madrid*, p.291, ob. cit.

10 Ramón Mesonero Romanos «El Lavapiés», pp. 188-198. *El Antiguo Madrid -Paseos Histórico- Anecdótico por las calles de esta Villa*. Edición Facsímil, Editorial Dossat, S. A. Madrid, 1986.

11 Testimonio que recoge Hugh Thomas en su interesante libro: *Madrid- Una antología para el viajero*, p. 173. Ediciones Grijalbo, S. A., Barcelona, 1983

12 Hugh Thomas, 123-125, ob. cit. Teophile Gautier

13 Hugh Thomas, pp. 319-320, ob. cit. Henry Inglis. *Spain*, 1830. Londres, 1831.

14 José Montero Padilla y otros: *Diccionario de Madrid-Majo*. P. 314. Rubiños-1860, S.A. Madrid, 1997.



Bailarina Bolera de Madrid, Pigal White 1825

ellos se pone de manifiesto la equiparación de aquellos con las acepciones de valentía, popular, personas con porte y modales graciosos, así como atrevidas y vistosas.

Pedro de Répide se refiere también a los majos y majas que identifica con «los mayos» y «mayas». La fiesta de *los mayos* tiene su precedente en la práctica de ornamentar el mayo, mediante un sistema que consistía en la elección de la maya que durante el cristianismo (ya se conmemoraba esta manifestación lúdica en el paganismo) coincidía con la festividad de Santiago el Verde, el primer día de mayo en que las flores brotan con todo su esplendor. Más adelante aludiremos con más amplitud a esta bella tradición.

Los majos que aflorarían con todo su vigor y plenitud en el siglo XVIII y comienzos del XIX decaerían después de la guerra de la Independencia. Si durante el reinado de los Austrias estaban en una situación más aletargada cuando llegan los Borbones cobran una fuerza de la que antes carecían y es el momento en que adquieren ese protagonismo y fama que Goya inmortalizó en sus lienzos. Julio Caro Baroja hace referencia a esa opinión idealizada sobre los majos a los que se considera como individuos que gozan de cierta libertad e independencia y a los que se encumbra casi como personajes de leyenda.

Caro Baroja hace una reflexión sobre el comportamiento de los majos y llega a manifestar que su moral no se puede identificar con la de otros colectivos que ofrecen mayor seriedad, mientras que aquellos adoptan una actitud más alegre y desenfadada, rayando en un atrevimiento, a veces, excesivo, sin importarles las críticas y comentarios de los demás. La expresión: «Traer en jaque» que se utiliza actualmente se refiere a una persona pendenciera, valentona y bravucona que provoca una situación tensa.

Si nos remontamos, de nuevo, a los orígenes del término majo hemos ya especificado que el nombre puede que procediera de la palabra mayo.

El día 1 de mayo se celebraba la fiesta de *la maya*, cuando era elegida una reina, la más bella. Esa maya sería el antecedente de la maja y este acontecimiento festivo tiene una remota procedencia anterior al nacimiento del cristianismo. En el diccionario castellano de Terrero y Pando se especifica que el nombre de maya es una denominación empleada en ciertos lugares y que alude a una joven a quien un joven obsequia con flores en el mes de mayo. De mayo y maya se derivarían los vocablos majo y maja. Así los trajes de los mayos que se exhiben



Aguador que vendía por las calles de Madrid, Pígal White 1825.

en la «fiesta de los mayos» propicia el surgimiento de los atuendos goyescos y castellanos. Goya es el referente para esa primera modalidad que plasmó en sus pinturas con gran acierto y genialidad, captando las características de ese ambiente social y costumbrista.

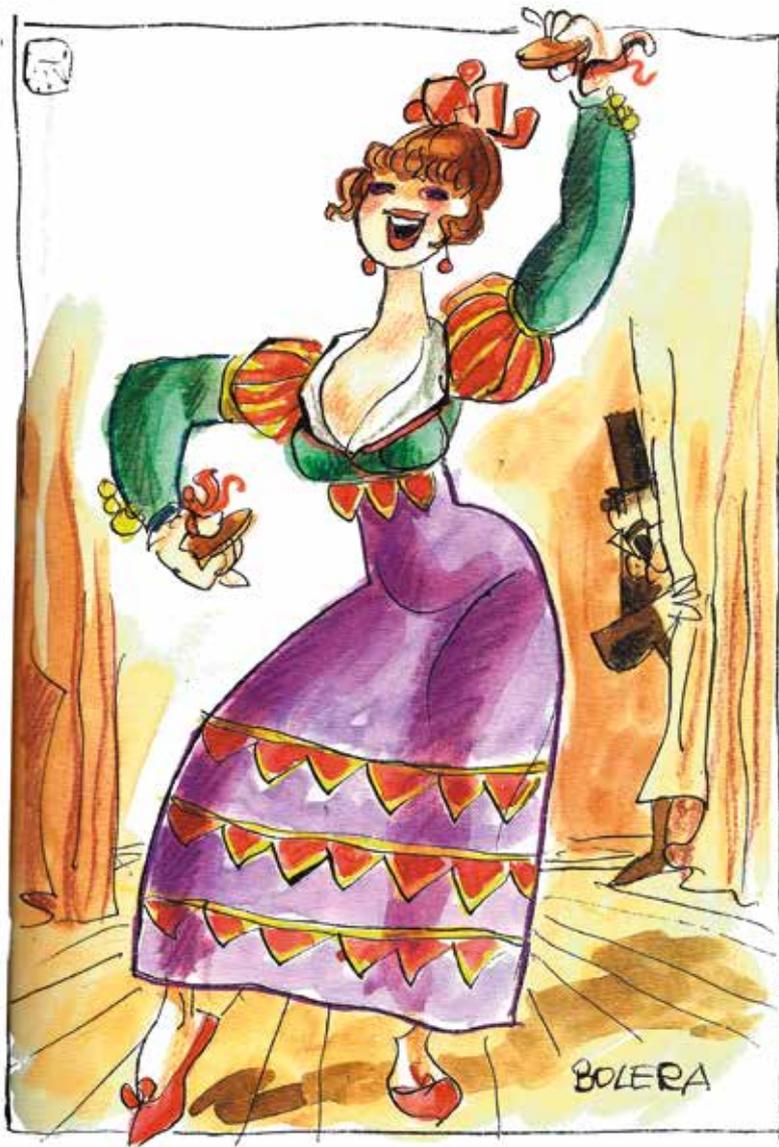
José Cepeda Adán¹⁵, en *Tipos Populares en el Madrid de Carlos III* realiza una pormenorizada descripción de la diferencia entre los petimetres y los majos. En cuanto a la procedencia del término, Cepeda cita a Corominas quien manifiesta que majo es: «un tipo popular achulado que afecta elegancia y valentía, voz que quizá venga de majar, fastidiar o machacar por la impertinencia del chulo».

Si el petimetre se caracterizaba por su modo de ser afectado en demasía, el majo era osado. Cepeda matiza que el majo era como «el dandy de las clases bajas» y según la letra de una canción: «el petimetre era la pasta del alfeñique, que no satisface a un solo diente, mientras el majo el tocino, la verdadera sustancia que sostiene la vida».

Rufo Gamazo Rico¹⁶, en *Tipos y Costumbres* nos describe los diferentes *tipos de majeza* y hace referencia a los barrios de donde provienen: Barquillo, origen del «chispero de las herrerías y de la Casa de Tócame Roque». Lavapiés de donde proviene el manolo: «menestral y redicho». Maravillas, lugar del majo: «que se impondrá a los otros dos».

15 José Cepeda Adán: *Tipos populares en el Madrid de Carlos III*. Pp.1-32. Aula de Cultura. Ciclo de Conferencias: «El Madrid de Carlos III». Ayuntamiento de Madrid-Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1988(7).

16 Rufo Gamazo Rico: *Tipos y Costumbres* Pp. 233-248. Madrid y su provincia. Pp. 233-248. Editorial Mediterraneo. Agedime, S.L. Caja de Madrid- YA. Madrid, 1991.



Maja. Dibujado por Antonio Mingote 2001.

Los majos y las majas eran lo contrario a los petimetres y petimetras. Estos últimos pertenecientes a la clase media y su nombre procede del francés: *petit maitre* que se identifica en castellano con «señorito y señorita». Su influencia gala era una realidad constatada en todos los aspectos, en sus atuendos y costumbres.

Se acusa a los petimetres de ser unos meros imitadores de la moda y del modo de vida del país vecino, sin originalidad, ni autenticidad propias. Igualmente, se oponían a los petimetres, los currutacos españoles que se vestían elegantemente. José Montero Alonso¹⁷ efectúa una clara diferenciación entre «la petrimeta y la maja». La maja es el polo opuesto la petimetra. Si a esta se la tilda de frívola, la maja

es valiente, defensora de lo autóctono y se aferra a la tradición. Si la petimetra es una mujer engolada, la maja es sincera, más sencilla, menos empalagosa. Su atuendo consiste en «falda corta, de volante ancho. Lleva medias blancas, chaqueta bordada, mantilla, peineta en lo alto del pelo». Se precia y se siente orgullosa de ir con su majo.

Opuesto al petimetre el majo es osado y valeroso. Siempre presto a defender a toda costa su honor e integridad, incluso, si fuera necesario, enfrentándose mediante todos los medios al oponente. Precisamente eran los majos los que desafiaban a los petimetres, máxime si se atrevían a entrar en su feudo, el barrio de Maravillas. Consideraban culpables a aquellos de haberse plegado a la moda foránea y ajena a nuestras costumbres. Los majos inculcaban a las mujeres de su entorno: madres, esposas, hermanas, novias amigas etc. el desprecio hacia lo extranjero y el valor de «lo nuestro y de lo autóctono» y estaban en contra de la moda del cortejo.

Se estimaba que la maja era la mujer auténtica con una personalidad acusada, mientras que la petimetra era un sucedáneo, algo postizo, carente de virtudes y carácter. Estas fuertes convicciones de los majos calaron en la aristocracia que se sintió atraída por esa fisonomía mítica y legendaria del majo y la maja e imitaron su modo de ser en forma de majeza, adoptando los cánones de los majos, tanto en su atuendo, como en sus costumbres.

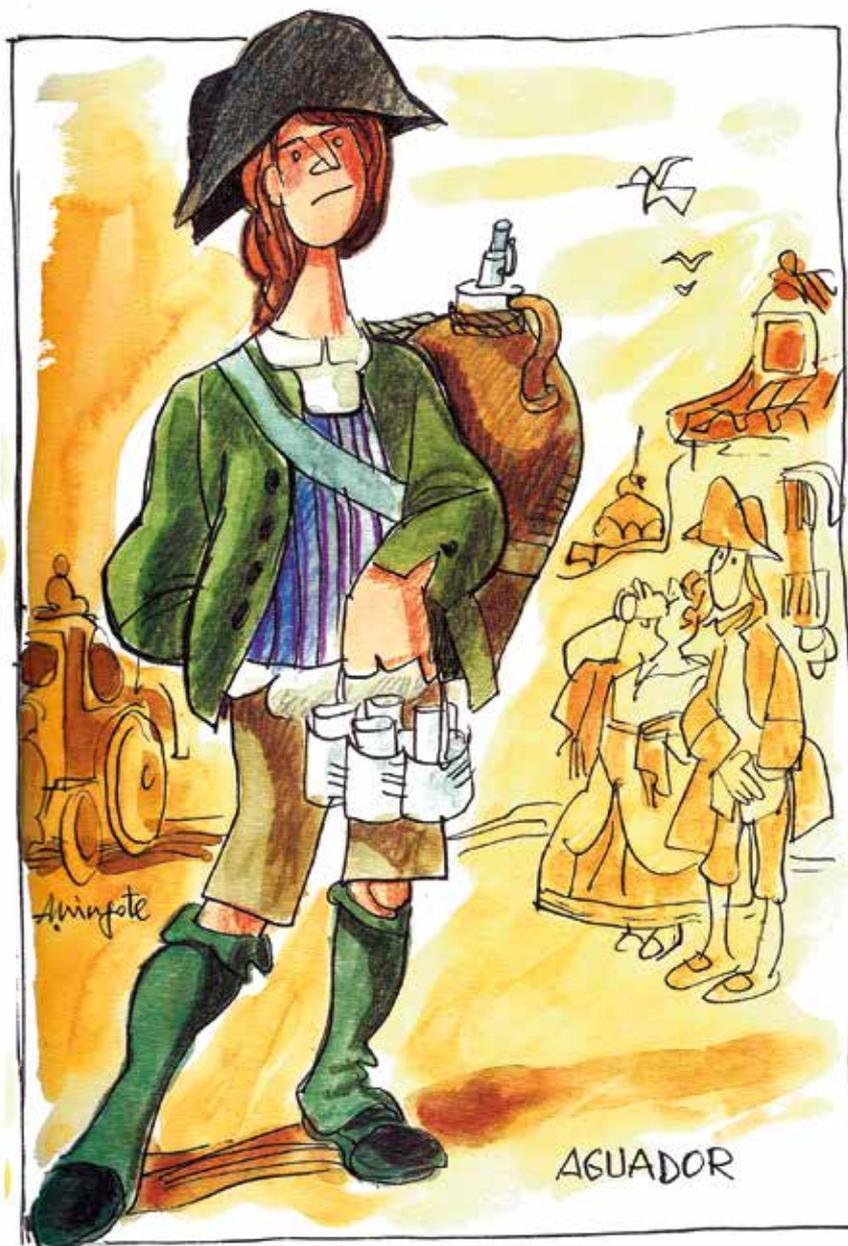
Algunos de los majos bravucones eran conocidos con diversos apodos como precisa Cepeda¹⁸, motes como los de: *el Perdonavidas*, *el Toserrecio*, *el Mediodiente*, *el Perdulario*, entre otros. El majo era más tosco y de modales más vastos que la maja que tenía un mayor toque de distinción, finura y gracia. Los majos no eran nada disciplinados en cuanto respetar

horarios y se mostraban bastante anárquicos respecto a la puntualidad para asistir a diversos actos como bodas, comidas y fiestas. En definitiva, poco les importaba llevar un orden en relación con la vida social habitual.

LOS CHISPEROS

El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua especifica que término «chispero» procede de «chispa» y señala tres acepciones: Cohete chispero. Herrero de obras menudas y hombre del barrio de Maravillas de Madrid, cuyos vecinos se llamaron así antiguamente por los muchos herreros que en él había. El chispero desempeña el oficio de herrero. El nombre de chispero tiene su origen en la palabra chispa que se produce como consecuencia de su trabajo en la fragua. Además de practicar este oficio con gran destreza fueron también reputados carpinteros y sentían gran predilección por la tauromaquia. Vivían modestamente en la zona de las Salesas y calles próximas. Eran personas de dudosa ética y moralidad, matones de antros y garitos metidos en negocios turbios, guardaespaldas de políticos, y al igual que los manolos pendencieros y desenvueltos en el lenguaje. No obstante, hay que dejar constancia en su haber de manera positiva que, como los majos, se enfrentaron con una valentía encomiable a las huestes napoleónicas en su heroica defensa de la Puerta de Recoletos y el portillo de Santa Bárbara.

Precisamente, hay que valorar la gesta de aquellas mujeres chisperas madrileñas que demostraron su valentía cuando desde sus balcones lanzaron una maceta de claveles sobre el general francés Legrand, que le causó la muerte. Legrand era uno de los militares al que Napoleón tenía una especial consideración.



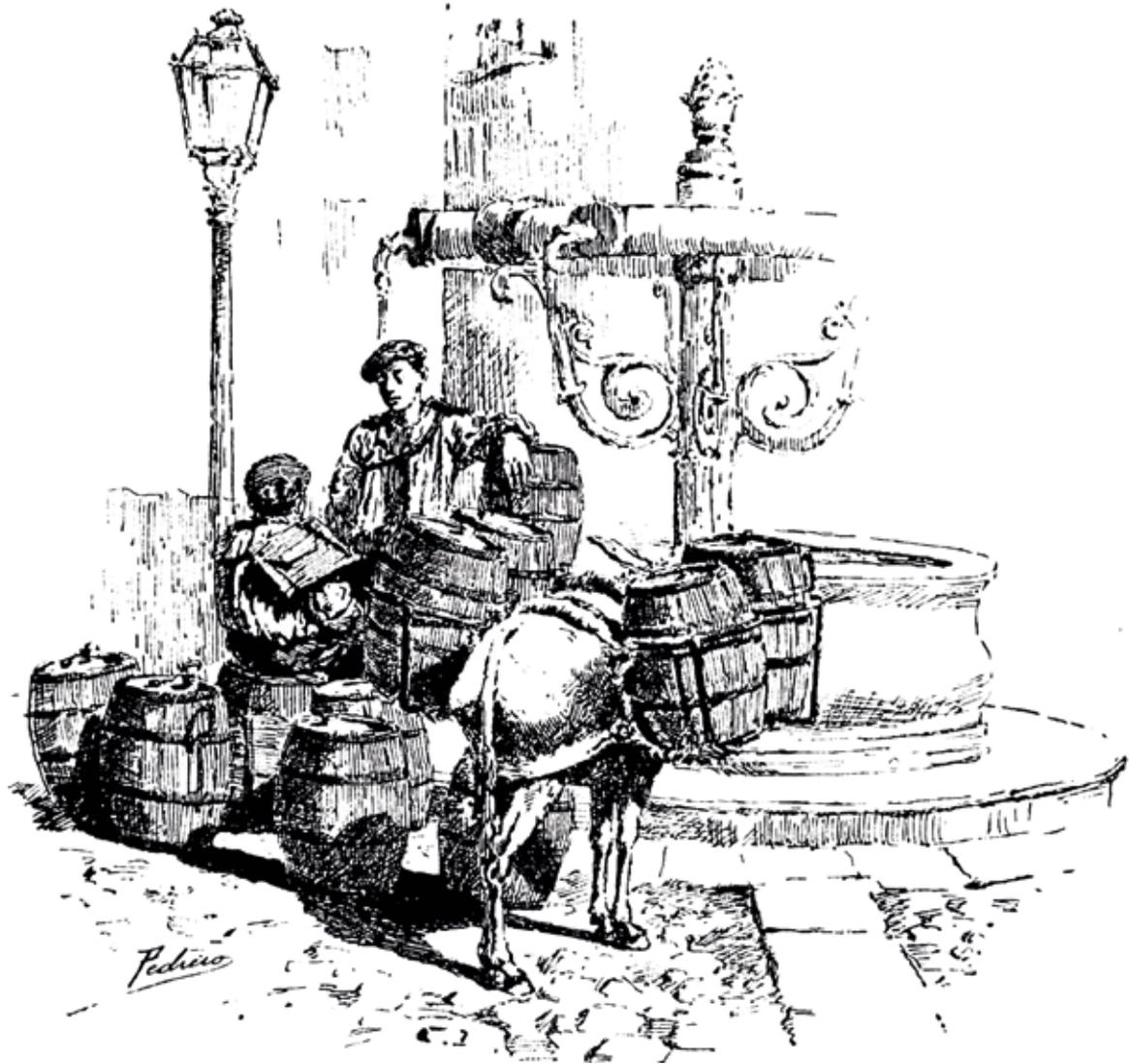
Aguador. Dibujado por Antonio Mingote 2001.

Pedro de Répide denomina a los chisperos *hijos de Vulcano y tiznaos*.

Velázquez pintó en 1630 el cuadro: *La fragua de Vulcano*, en el que los protagonistas son personajes mitológicos, donde aparece Vulcano como un herrero, del mismo modo que los cíclopes que están junto a él, personas populares que desempeñan su profesión de herreros en la fragua. Este lienzo pintado en Roma evoca, por otra parte, la relevancia de esta labor en el Madrid de la época cuando reinaba Felipe IV.

17 José Montero Alonso: «Las tonadilleras. La petimetra y la maja». Conferencia del Aula de Cultura. Ciclo de conferencias sobre «El Madrid del siglo XVIII». Ayuntamiento de Madrid (Delegación de Cultura) e Instituto de Estudios Madrileños. Pp. 1-25. Madrid, 1978.

18 José Cepeda Adán. *Tipos populares en el Madrid de Carlos III*. Ob. Cit.



Aguadores cargando sus «pipas» en una fuente pública.

Grabado publicado en *la Risa*

LOS AGUADORES

Otro de los oficios más populares fue el de los aguadores que se consideró bastante relevante hasta el punto de que políticos de la talla de Floridablanca y Campomanes estimaron que su tarea era verdaderamente meritoria por su misión de saciar la sed de las personas con ese preciado líquido. No obstante la personalidad del aguador, al ser el monopolizador de la distribución del agua, llegó en algunos casos a ser conflictiva en su manera de comportarse y en sus modales bruscos y rudos.

Felipe Monlau¹⁹ describe las fuentes de la capital y narra que el agua es transportada a las viviendas en cubas de madera o metal y que esta labor la realizan los

aguadores por lo general de procedencia asturiana y gallega. Eran retribuidos con un salario de 10 reales mensuales por cuba diaria. Contabiliza Monlau 920 aguadores que atienden a las 36 fuentes de la ciudad. El arquitecto fontanero cada año asesora al Corregidor el número de aguadores necesarios, dependiendo de la cantidad de agua disponible. El Alcalde designa el citado número, dos capataces, o *cabezaleros* para ejercer el control de cada fuente y que no se cometan irregularidades o abusos. Los aguadores para ser identificados portan una chapa con un número y nombre de la persona y la fuente a la que están vinculados, así como su número de licencia.

“Esta fuente de caños públicos puede verse en el cruce de la calle Toledo con la ronda de San Francisco.”

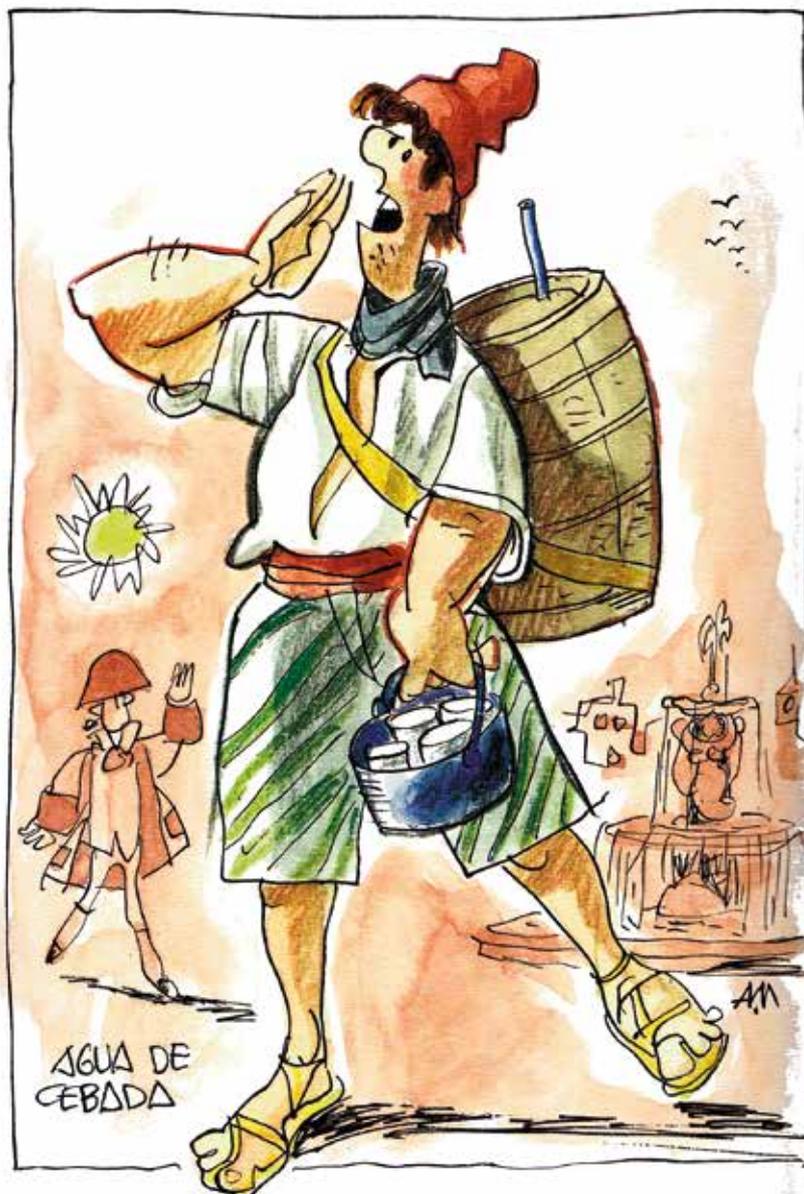
Agua de cebada. Dibujado por Antonio Mingote 2001.

Los puestos de aguadores se podían traspasar y según el número de las personas a las que tenían que abastecer podían obtener desde 1.000 hasta 2.000 reales.

Entre las fuentes de aguadores Monlau destaca las de la Red de San Luis, Relatores, Descalzas, Plaza de la Villa, Santa Ana, Galápagos, Bilbao, Antón Martín, calle Toledo, Lava-piés, Plaza de las Provincias y la de la Cebada.

Ángel del Río López²⁰, en su libro *Los Viejos Oficios de Madrid*, realiza una certera investigación sobre la historia de los aguadores madrileños. Hace referencia a la cantidad tan alta de los que se dedicaban a estos menesteres y la rivalidad existente entre ellos que se ocasionó principalmente entre los que tenían puestos fijos y estables, que se creían con más derechos que los vendedores ambulantes. Esta situación dio lugar a la intervención de las autoridades para que los ambulantes se situaran a una distancia prudencial de los fijos, a fin evitar una competencia desleal entre ambos grupos. Alude del Río a la descripción que de los aguadores realizan: Ramón Mesonero Romanos, Pío Baroja y Ramón Gómez de la Serna.

También el cronista menciona no solo a los hombres «que acarrear el producto», sino igualmente a *las aguadoras*, portadoras de esos botijos que saciaban la sed de aquellas personas que se encontraban lejos de las fuentes, aguadoras que aparecen inmortalizadas en la zarzuela: *Agua, Azucarillos y Aguardiente*. Las aguadoras llegaron, incluso, a constituir un gremio y adoptaron la decisión de ir uniformadas con mandiles blancos. Asimismo, del Río nos refleja cómo, a veces se dulcificaba el agua con azucarillos y aguardiente y, en consecuencia el producto se convertía en otra bebida.



Eduardo de Guzmán²¹, en un artículo, al que denomina «La incesante traición de Fernando VII» analiza la personalidad de Fernando VII. Precisa que «la doblez y maldad del *Rey Deseado* no ha tenido par en el curso de la Historia» En este sentido, *el rey felón* lideraba una camarilla de la que *Chamorro* que había sido aguador de la Fuente del Berro era un incondicional. Ese grupo estaba constituido por personajes de la peor calaña, como el citado aguador Pedro Collado. Fue criado de Fernando en Valençay y lo mismo se encargaba de proporcionar a aquel mujeres «de buen ver» para su disfrute, como alardeaba haber conseguido del rey que alguien cayera en desgracia.



Inicio de artículo

19 Felipe Monlau: *Madrid la mano, o El amigo del forastero en Madrid y sus cercanías*, pp. 50-51, edición facsímil de la primera edición de 1850, efectuada por la Comisión Organizadora de la IX Feria del Libro Antiguo y de Ocasión, Madrid, 1985.

20 Ángel del Río López. *Los Viejos Oficios de Madrid*. Pp. 35-46, Ediciones La Librería. Madrid, 1993.

21 Eduardo de Guzmán. *Tiempo de Historia. La incesante traición de Fernando VII*. Pp. 82-96. Nº 24. Año II. Publicación 1 de noviembre de 1976.



SERENO
DE MADRID